

Justicia

si no infinita,
al menos
humana

ADELA CORTINA

Centroamérica padece desde hace tiempo una hambruna que está arrebatando diariamente centenares de vidas humanas, sobre todo las de los niños, que son los más vulnerables. Sin embargo, esas muertes son apenas noticia en los periódicos, sólo modestamente en las páginas pares de alguno de ellos, con un comienzo desalentador: «a pesar de que el hambre es terrible, la noticia ha quedado relegada a cuarto o quinto plano por el ataque contra las Torres Gemelas y el Pentágono. Centroamérica ha tenido mala suerte en que su catástrofe coincida con la que ha revolucionado el mundo».

Mala suerte. Todos los seres humanos no son iguales. Ningún presidente del Primer Mundo ha salido en la panta-

lla de televisión exigiendo, indignado, una campaña inmisericorde contra el hambre, una guerra sin cuartel contra las causas de la miseria. Ninguno ha tomado la iniciativa de no descansar hasta erradicar las causas que llevan a la muerte a tantos seres humanos un día tras otro, ni ha buscado después aliados para llevar hasta el final un ataque semejante, exigiendo a unos la devolución de favores prestados, eliminando embargos a otros, pagando deudas y cuotas atrasadas, prometiendo ventajas y apoyos. Ninguno lo ha hecho.

Occidente no se ha rasgado las vestiduras, pregonando *urbi et orbi* que se están violando los derechos humanos al dejar morir a miles de personas por causas que son en tanta medida hu-



manas, porque sobran hoy en día medios para paliarlas, incluso para acabar con ellas. Se crean organismos internacionales, como el Banco Mundial, se elaboran informes tan escandalosos como los del PNUD, pero jamás hemos escuchado una voz proclamando: «Estas muertes, por hambre y miseria, atentan contra todos los valores de Occidente, que descansan en la convicción de que cada persona es absolutamente valiosa, y vamos a acabar con ellas ya, no vamos a dar tregua a la falta de alimentos, de agua, de atención sanitaria, de educación».

Por si faltara poco, los dirigentes de los países más dañados no sólo carecen del capital físico, humano y social como para emprender una cam-

Ojalá Occidente se diera cuenta de que la auténtica medida radical para acabar con ese terrorismo consiste en declarar una guerra sin cuartel al hambre, la miseria y la ignorancia. Que tal vez no establecería una justicia infinita, pero sí humana, que es la que requiere una libertad duradera.

paña de este tipo, sino que suelen estar implicados en toda suerte de corrupciones, forman parte del problema más que de su solución. Pero eso, a mi juicio, no reduce la responsabilidad de estos países «desarrollados» nuestros, que no pueden resistir, al parecer, la lesión de los derechos de unos, pero les sobra estómago para sobrellevar la de todos los demás.

Decía Kant, y llevaba razón, que una norma es moral cuando la extendemos universalmente, cuando nos percatamos de que, en buena ley, no puede introducirse ninguna excepción. Y se aplica aquí la afirmación kantiana de forma ejemplar: nadie con buen corazón puede querer que mueran miles de personas por un ataque terrorista, nadie con buen corazón puede querer que muera una sola persona o que sea herida a manos del terrorismo, como es el caso de nuestro país, nadie con buen corazón puede querer que mueran miles de personas por hambre y miseria en Centroamérica, en África, en Afganistán, y en ese largo etcétera de países llamados «en vías de desarrollo». Y no sólo no puede quererlo nadie que tenga buen corazón, es que tampoco puede permitirlo. Y aquí empiezan todas las medidas positivas que es preciso tomar para ganar esas diferentes «batallas», si es que Occidente quiere ser creíble en su defensa verbal de los derechos humanos; una defensa que no enfrenta civilizaciones, a pesar del afán de los medios de comunicación en hacerlo creer así.

Hace algunos años Samuel P. Huntington escribió aquel célebre artículo sobre el «choque de civilizaciones» que en estos días ha ido de boca en boca. Según Huntington, la lucha de los siglos venideros no se producirá entre clases sociales, sino entre civilizaciones, y enumeraba ocho distintas, cuando en realidad pensaba en dos: el mundo judeo-cristiano contra

el Islam, la repetición de la propaganda en la Guerra del Golfo. «Es por sus fes -decía Huntington- por lo que las gentes lucharán y morirán». Pero no es verdad. Ninguna fe permite ni atiza el terrorismo, ninguna da por bueno el asesinato de inocentes, las tres religiones monoteístas promueven la ayuda al prójimo, las tres están de acuerdo en erradicar el hambre y la miseria.

El problema no es de diferencia de culturas, no se enfrentan Judaísmo y Cristianismo frente a Islam, Occidente frente a Oriente Medio. Lo que ha ocurrido es que ha sido atacada una nación, la más poderosa de la Tierra, y ha emprendido un contraataque, que es a la vez venganza y defensa, en el que implica aliados con medios diversos. Los agresores, por su parte, buscan también aliados y encuentran un medio sumamente eficaz: el de atizar el sentimiento religioso de quienes, desde la pobreza y la incultura, entienden la religión como arma arrojada. En todo ello siempre salen perdiendo los que tienen que abandonar sus casas, los que viven bajo el terror.

Ojalá Occidente se diera cuenta de que la auténtica medida radical para acabar con ese terrorismo consiste en declarar una guerra sin cuartel al hambre, la miseria y la ignorancia. Que tal vez no establecería una justicia infinita, pero sí humana, que es la que requiere una libertad duradera.

ADELA CORTINA

DR. EN FILOSOFÍA. UNIVERSIDAD DE VALENCIA,
ESPAÑA.